

... se formaron, pues, las piedras, llevando
 ... de un accion
 ... punto por toda
 ... se decía que los monjes
 ... de los apóstoles,
 ... en presencia
 ... de decirse que nuestra
 ... a extranjeros y gente
 ... lo ocurrido, y se juzgó favora-
 ... de las costumbres de nuestros conciudadanos,
 ... por las virtudes de estos santos monjes.
 ... puesto que su caridad ha tenido tanta eficacia
 ... con los hombres, no nos desanimemos ¿cuanta no
 ... la confianza que debemos tener en Dios? Propongá-
 ... tan hermoso ejemplo, cuando los ínteles nos habien
 ... filisofos. La debilidad que hoy han demostrado
 ... de que la virtud de que trato han
 ... una
 ... observado
 ... que se
 ... de san
 ... de san Pedro y de los demás santos. De ellos han
 ... heroismo, así como la piedad y la sabiduria.
 ... escribir para demostrarlo: los discípulos
 ... de los maestros. Pero fácil es convencer
 ... vanidad á los estóicos por la de-
 ... las circunstancias han manifestado
 ... profesan.

Tome 4.



Saint Pierre de Galatie.
San Pedro de Galacia.

SAN PEDRO DE GALACIA, SOLITARIO
DE ANTIOQUIA.¹

Los Griegos, en sus Méneos, hacen mención de dos solitarios de Galacia, que llevaron el nombre de Pedro, á saber; del primero, que es del que aquí hablamos, en el dia primero de febrero, y del segundo en 9 de octubre. Nada diremos aquí de este segundo, porque vivió cuatro siglos despues, ó sea, en el reinado del emperador Basilio. En cuanto al primero, referiremos lo que de él dicen las actas de Teodoreto, que lo pone entre los solitarios más eminentes en santidad del desierto de Antioquia.

San Pedro recibió el sobrenombre de Galacia, porque era natural de esta provincia del Asia menor, en que los galos, despues de incendiar á Roma y de asolar toda la Italia, vinieron á establecerse. No nos dice Teodoreto en que lugar de esta provincia nació; pero es de creer que fué educado en la piedad cristiana, pues á la tierna edad de siete años dejó la casa de su padre, y pasó toda su vida en el combate espiritual. No salió en un principio de su pais para ejercitarse en esta santa milicia; sino que hizo en él sus primeros ensayos, y pasó despues á la Palestina para visitar los santos Lugares, en que se cumplieron los misterios de la vida y muerte del Salvador. Su amor y su reconocimiento á este divino Maestro le impulsaron á hacer esta peregrinación, y Teodoreto nos lo manifiesta abrasado en este amor que hacia exclamar á la esposa de los Cánticos: *Como el manzano entre los árboles de las*

¹ Teodoreto.

selvas, así mi amado entre los hijos. A la sombra de aquel á quien yo habia deseado me senté, y su fruto dulce á mi garganta ¹.

Después de haber satisfecho su piedad, emprendió el camino de Antioquía, en donde las virtudes de los monjes que santificaban las soledades inmediatas ganaron tan pronto su corazón, que no pensó en volver á su país. No quiso edificar casa, ni celda, ni cabaña, sino que se retiró á un sepulcro, en que permaneció encerrado durante muchos años, no bebiendo más que agua, ni comiendo más que un poco de pan, y esto de dos en dos días. Puede formarse juicio de la santidad de su vida por la gracia de milagros con que Dios le favoreció, y, que experimentó en más de una ocasión la familia de Teodoreto. Refiere este historiador que la primera ocasión en que le habló su madre fué para alcanzar por su mediación la curación de un mal que padecía en un ojo, y que le hacia sufrir vehementes dolores. Habia empleado inútilmente toda clase de remedios humanos; pero habiéndole dicho una de sus criadas que el solitario Pedro de Galacia habia curado del mismo mal á la esposa de Pérgamo, gobernador de la provincia de oriente, con la señal de la cruz, se determinó á visitarle animada de la esperanza de alcanzar la misma gracia. No tenia entónces esta señora más que veintitres años, y siguiendo la vanidad de las personas de su edad, se vistió con todas sus galas y se adornó con todos los afeites que acostumbraban las mujeres del país. Al verla el Santo con tan brillantes atavíos, pensó ménos en curarla que en despegar su corazón de estas vanidades. Así es que le habló de este modo: » Decidme, hija mia, ¿ que pensaria un hábil pintor que hubiese hecho un retrato ajustado á todas las reglas del arte, si un hombre que desconociere

¹ Cant. II, 3.

la pintura, quisiese corregir su obra alargando los rasgos de las céjas y de las pestañas, ó blanqueando el rostro y avivando el carmín de su colorido? ¿ Podria ver, sin llenarse de cólera, que esta mano ignorante echase á perder su obra? No dudeis, pues, que el Creador de todas las cosas no podrá ménos de ofenderse, viendo que tachais de ignorancia su incomparable sabiduría. »

« Al poner un color en vuestro rostro, es porque creéis que lo necesitais: y ¿ podeis creerlo así sin acusar á vuestro criador de haberse engañado en su obra? Sabed que su poder iguala á su voluntad: pues David dice que hace todo lo que le place. Pero el cuidado que de nosotros tiene le impide darnos lo que nos sería perjudicial. Guardaos, pues, de mudar cosa alguna en vuestro rostro, que es imagen viva de Dios, ni poneros lo que su sabiduría no os ha dado, esforzándoos en adquirir contra su designio una belleza que no es natural, y que hace á las almas castas culpables de los lazos que se tienden á los que las ven. »

La madre de Teodoreto que tenia un fondo excelente, recibió este consejo con sincera voluntad de aprovecharse de él, y postrándose á los pies del Santo, le suplicó que curase su enfermedad. Pedro, á quien los dones de Dios hacian más humilde, empezó diciendo que eran tantos sus pecados, que no podia esperar que sus oraciones alcanzasen de Dios su curación; sino que ella misma debia orar, pues el Señor escucha favorablemente á los que le invocan con fé. « El os escuchará benignamente, dijo, y á vos y no á mí otorgará esta gracia. Si vuestra fé es sincera y llena de confianza, dejad los remedios humanos, y emplead éste en el nombre del Señor. » Al mismo tiempo puso su mano sobre el ojo de la enferma, hizo la señal de la cruz, y quedó al punto curada.

« De esta manera, dice Teodoreto, volvió sana á su casa sin necesidad de emplear ninguna medicina. Se despojó al

mismo tiempo de todas sus galas, y en adelante sólo usó vestidos sencillos, como le recomendó este excelente médico de las almas, por más que todavía no había cumplido veinticuatro años, y que no había tenido ningún hijo, pues yo nací siete años despues, y no tuvo ninguno otro. »

Asistióla el Santo en otra enfermedad mucho más peligrosa, como refiere el mismo escritor. » Despues que mi madre me hubo dado á luz, se encontró tan mal, que los médicos perdieron toda esperanza, y los familiares esperaban que muriese de un momento á otro. El santo solitario vino á verla, y la encontró devorada por la fiebre, cerrados los ojos y sin conocimiento. Pero le dijo según su costumbre; hija mia, Dios te dé la paz. A éstas palabras abrió la enferma los ojos, miró fijamente al Santo, y le pidió su bendición. Todas las personas que se hallaban presentes se sintieron llenas de admiración y de gozo, y derramaron abundantes lágrimas, y el Santo las invitó á orar haciéndoles presente que en tiempo del Apóstol san Pedro lloraban muchas viudas la muerte de Tabita, y que ofreciendo este Apóstol las lágrimas de todas ellas al Señor, alcanzó que resucitase. Pusiéronse todos en oración con él, y al punto se sintió la enferma bañada en un sudor tan copioso, que extinguió el ardor de la fiebre, y quedó curada del mal. »

Pruebas tan evidentes de la santidad de este solitario inspiraron á toda la familia de Teodoreto tal confianza en sus oraciones, que en adelante fué su recurso para alcanzar de Dios todo lo que deseaba, y en muchas ocasiones experimentó la eficacia de sus oraciones. Asegura el mismo Teodoreto, que habiendo cortado el Santo en dos partes su cinturón, que era muy largo y de tosca lino, y habiéndole dado una cuando era muy jóven, le sirvió para curar de diferentes enfermedades, así como á su padre y á su madre, lo cual, sabido por algunas personas, venian á

pedírselo para curar á sus enfermos, como así sucedia de ordinario. Protesta este escritor que no hay exageración alguna en lo que dice, y que él mismo hasido testigo de estas curaciones. Se queja, sin embargo, de que se hubiese perdido este cinturón, por habérselo prestado á una persona que no se lo devolvió.

Dice este mismo autor que su madre, que habia experimentado cuán favorecido era de Dios este Santo, le enviaba todas las semanas á que recibiese su bendición, y que el Santo le ponía sobre sus rodillas, y le daba pan y raices secas, lo cual demuestra que era todavía muy niño. Tenia un discípulo llamado Daniel, á quién con sus oraciones habia librado del demonio, y que, despues de este favor, no quiso abandonarle, sino ponerse enteramente bajo su dirección. Teodoreto, aunque muy jóven, comprendió que en una ocasión hablaban de él, y que Daniel le decia que un dia seria también su discípulo. Pero el Santo que comprendia el afecto que sus padres le profesaban, dijo que no seria así.

No fué Daniel el único á quién libró del demonio. Hallándose en Hierápolis un cocinero acompañando á su señor que estaba enfermo, las criadas le hablaron de los solitarios de Antioquía y del poder que tenian sobre los demonios. Estas jóvenes, que eran algo desenvueltas, quisieron simular á los demoniacos y furiosos, miéntras que el cocinero se cubrió con una piel de oveja, como la de los solitarios, é hizo como que las exorcizaba, pero el demonio se apoderó de su cuerpo, convirtiéndolo la risa en desolación. Se le llevó al Santo, ante el cual el demonio, á la manera de un ladrón, dice Teodereto, ó de un homicida que se sienta en el banquillo de los reos, debia comparecer, como ante un juez que habia de condenarle, viéndose, contra su costumbre, obligado á decir la verdad. Despues de esto oró el Santo, y obligó al demonio á que saliese del cuerpo de este hombre.

La nodriza del mismo historiador le llevó á un labrador, nieto suyo, Preguntó el Santo al maligno espíritu quien le habia dado aquel poder sobre una criatura que era obra de Dios, pero el demonio rehusó contestar. Entónces el Santo dirigió al Señor una fervorosa plegaria, y dijo al demonio. » No es Pedro, sino el Dios de Pedro el que te manda hablar: responde pues, y no resistas á su poder. El demonio, forzado por la virtud del Altísimo, exclamó entónces: Yo vivo en el monte Amana, desde el cual he visto á este hombre bebiendo en la fuente que hay en el camino, y he entrado en su cuerpo. — Sal, pues, replicó el Santo, en virtud del mandato que te impone el que ha sido clavado en una cruz para la redención del mundo. » A estas palabras huyó el demonio, y dejó lil re á este hombre.

El mismo historiador habla, en la vida de este Santo, de un milagro que hizo en favor de una jóven para librarla de las persecuciones de un hombre de mala conducta. Era este un oficial de alta graduación en el ejército. Los padres de la jóven vivian en una de sus haciendas de campo, y se disponian á casarla, cuando aquel corazón depravado puso en ella su lasciva mirada. Pero la jóven renunció al mundo, dejó su casa, y se retiró á un monasterio de religiosas. Cuando lo supo el oficial, se apoderó de la madre, la ató fuertemente con cordeles, y la azotó hasta hacerle declarar el paraje en que su hija se hallaba. Corrió en seguida furioso al monasterio, sacó á la jóven violentamente, y la encerró en su casa. Pero Dios, que habia tomado á su sierva bajo su protección, no la abandonó en aquellas tristes circunstancias. Cuando aquel malvado quiso entrar en la habitación en que cuidadosamente la guardaba, no la encontró; pues habia sido trasladada por una mano invisible al monasterio en que habia dejado su corazón. La evidencia de este milagro contuvo al oficial. Comprendió

que nada podria contra una persona que habia sido retirada de sus manos por el poder divino, y en adelante nada intentó contra ella.

El Señor que queria purificar á esta virtuosa jóven por medio de los sufrimientos para que creciese en méritos, le envió algún tiempo despues una penosa enfermedad, que insensiblemente la llevaba á la tumba: era un cáncer que la hacia sufrir agudísimos dolores. Pero tenia mucha confianza en las oraciones de san Pedro de Galacia, y no sin razón, pues en los más violentos accesos de sus dolores, bastábale invocarle para encontrar alivio, Habiendo sabido el Santo su triste situación, iba á verla en algunas ocasiones para fortalecerla y consolarla. No perdió un solo momento su paciencia, y el Santo dió á conocer su virtud, haciendo grandes alabanzas de sus merecimientos.

Llegó, por fin, el Santo al término venturoso de sus trabajos, despues, dice Teodoreto, de haber brillado en Antioquía con luz la más brillante, y fué á ceñir la corona que sus victorias le habian merecido. Ya hemos dicho que abrazó la vida religiosa á la edad de siete años, y que demostró una piedad prematura. Esta edad, unida á los noventa y dos años que empleó en los ejercicios laboriosos de su estado, forman la de noventa y nueve años, que consagró enteramente á la inocencia y á la penitencia¹. Se fija su nacimiento hacia el año 330, y por lo tanto, su muerte hacia el 429.

La Iglesia latina, lo mismo que la griega, hace memoria de él en primero de febrero. Confiesa Teodereto que

¹ Tillemont asigna su nacimiento en el año 340, y dice que murió el 440, de donde resulta que vivió ciento diez años. Sin embargo, Teodoreto asegura que vivió noventa y nueve años, y así lo refiere el mismo Tillemont. Es preciso, por lo tanto, que, para morir el 440 hubiese nacido el 341, ó que, habiendo nacido el 330, hubiese muerto el 429.

no ha referido más que una pequeña parte de su vida, comparándola por su duración y por los merecimientos que alcanzó, á un mar vastísimo, cuyas costas no ha hecho más que recorrer. Dice también que no podría tributarle alabanzas que correspondiesen á las acciones memorables que practicó en su infancia, en su juventud, en su edad perfecta y en el curso de su larga vejez; y que no puede conocerse suficientemente el valor de las santas semillas que derramó en las almas, y los frutos de santidad y de virtud que tuvo la dicha de recoger.

San Pedro de Galacia tuvo por compañero de soledad á otro Pedro, natural de Egipto, á quien coloca Teodereto entre las brillantes luces del desierto de Antioquia, juntamente con Severo, Entiques, Cirilo, Moisés y Malch; pero de él nada de particular refiere. Créese que éste es el mismo de que hacen mención los griegos el 27 de enero, y del cual sólo dicen que descansó en paz después de una larga vida. Es diferente de otro Pedro de Egipto, á quien Paladio en su Lausiaco llama un hombre admirable.

SAN ZENON, ROMANO, Y OTROS SOLITARIOS DE ANTIOQUIA ¹

San Zenón fué del número de esos bienaventurados anacoretas, que eran pocos conocidos de los hombres, y cuya única ambición era escapar á sus miradas para vivir ocultos con Jesucristo en Dios. Esto era lo que hacía decir á

¹ Theodoreto, Zozomeno, Evagrio, Baronio, los Botandistas, Tillemont, Bulteau.

Teodereto, que nos ha trasmitido sus actas, que era poco conocido, y que no puede ser suficientemente admirado. Era de la provincia del Ponto, inmediata á la de Capadocia, lo cual le procuró la dicha de conocer al gran Doctor san Basilio, y recibir sus instrucciones, que aprovechó maravillosamente.

Es de creer que la muerte funesta del emperador Valente, cerca del cual ejercía un cargo importante, le determinó á abandonar el mundo, en el que poseía grandes bienes: pues apenas este príncipe dejó de vivir, abandonó Zenón todo lo que poseía, y desde los esplendores de la corte pasó á uno de los sepulcros, que, en gran número, había en la montaña de Antioquia, y en el cual se encerró para entregarse exclusivamente á la purificación de su corazón.

Practicó en su retiro una rigurosa abstinencia no comiendo más que un poco de pan cada dos días, y no bebiendo más que agua. A esta austeridad unió un desprendimiento tan absoluto, que no tenía más que un poco de heno para acostarse, una piedra cubierta de una estera de junco para sentarse, un hábito muy remendado, y unos zapatos rotos. Tomaba un libro de cualquier amigo, y después de leído, se lo devolvía, pidiéndole otro.

Como vivía con tanta pobreza, no necesitaba tomar precaución alguna contra los ladrones, pues ¿qué hubieran encontrado en su celda? Así es que no tenía llave, ni cerradura, ni quién la guardarse cuando salía. Lo que hace más admirable aún su pobreza, es que, no habiendo podido deshacerse de sus bienes, cuando dejó el mundo, por tener hermanos menores con los cuales no había hecho todavía partición, él era el obligado á usar de ellos; pero la hacía con el mayor despego, y le costaba grande pena el no haberlos distribuido á los pobres, como lo hubiese hecho á no haber este obstáculo: pues nada deseaba tanto